

Sobre la antología poética *Los 43*

Enrique González Rojo Arthur

Puede decirse, parafraseando a Ortega y Gasset: “el poeta es el poeta y su circunstancia”. Este personaje tiene, en efecto, una vertiente subjetivo-creadora y una vertiente objetivo-experimental o un mundo circundante. La parte de la frase “el poeta es el poeta” alude a su caudal posesivo fundamental: las palabras. El poeta y el escritor en general posee, cuida, acrecienta un criadero de vocablos –un ámbito donde éstos nacen, crecen, se ayuntan, se reproducen y mueren. Así como el magnate financiero se relaciona con el mundo a través de sus recursos económicos y el ideólogo por medio de su acervo cultural, el poeta lo hace en y por las palabras.

Aunque los poetas y los prosistas tienen su manera muy personal de combinar palabras, y el conjunto de sus obras es el despliegue de un jardín donde cada flor gramatical tararea su diferente manera de encarnar la belleza, no todos se relacionan con la realidad de igual manera. A esto alude la segunda parte de la paráfrasis de la máxima del filósofo español que alude a la circunstancia. En efecto, el

poeta que es el poeta y su “variado bagaje de palabras” hacen referencia a su circunstancia.

Todos tienen –tenemos- una circunstancia, pero no todos la viven, la interpretan, la diseccionan de igual manera. Se pueden visualizar varias formas, distintas y hasta contradictorias, de asumir esta circunstancia. Se dice que ésta puede ser encarnada por la persona –en este caso el poeta- de manera *introversa* o *extraversa* (Jung), como *ensimismamiento* o *alteración* (Ortega), como *soledad* o *comunidad* (Paz), es decir, en los tres casos, como *vuelta hacia dentro* o *vuelta hacia afuera*.

Yo me quedaría con la interpretación de que la circunstancia, de donde surgen dos tipos de poesía o de creación, se halla referida principalmente al yo o principalmente al nosotros (o lo social).

El primer tipo gira alrededor del individuo y su entorno. A partir de ello, brotan poemas o textos sobre el amor, la muerte, el dolor, las pérdidas, etc., es decir, escritos existenciales. Creo que tanto la poesía religiosa como la paisajista, pueden ubicarse en este plano.

La poesía o la literatura centrada en el yo, tiene una *inspiración ensimismada o vuelta hacia sí*; se interesa, se exalta, se apasiona por lo que le ha ocurrido, le ocurre o puede ocurrir al poeta o al escritor, incluyendo la relación, más o menos tortuosa, con las palabras. Es, sí, una poesía o una literatura colectiva en el sentido de que lo individual –amar, sufrir, temer- es algo que todos conocemos. La inspiración ensimismada tiene como su máxima de cabecera “nada humano me es ajeno” (Terencio).

La poesía social y política tiene una *inspiración extravertida* o vuelta hacia afuera. Los poetas o literatos en general que se hallan en esta vertiente se sienten sacudidos, impresionados por lo que sucede en la sociedad. Son mujeres y hombres con sensibilidad social. La lucha de los pueblos por su mejoramiento y liberación no les es ajena. Las injusticias, las desapariciones forzadas, los genocidios, el terrorismo de Estado, las guerras sucias o los “daños colaterales” del combate contra el narcotráfico, los conmueven profundamente y los alientan a cantar su rabia, a darle el sentido, no de

una belleza regodeada en sí misma, sino de un arte que denuncia y participa.

Creo que a la poesía y a la prosa que nacen del coraje –y también de la impotencia- por lo que ocurre en nuestra circunstancia, no les es dable, por sí solas, erradicar la injusticia y el crimen. Pero sí pueden colaborar, junto con el activismo y la cultura progresista en general, a que tenga lugar un cambio sustancial.

La literatura social ha de esforzarse en no perder su carácter artístico fagocitado por el tema. La inspiración extravertida tiene que cuidar como la niña de sus ojos que al volverse hacia afuera no se fracture la inspiración. La poesía social no panfletaria, dado sus valores estéticos, tiene garantizada su durabilidad e influencia. La que cae en el panfleto, vacía de tales valores, puede brillar por un momento y hasta ser parte de un imaginario colectivo en que campea la indignación por lo que sucede y el repudio a los enemigos del pueblo, pero termina por ser asimilada al irrefrenable convoy de lo efímero.

Mas al llegar aquí, deseo hacer una reflexión sobre el vocablo *panfleto*. Quienes queremos hacer

poesía social y política no panfletaria, entendemos por panfleto un texto sin pretensiones literarias que da a conocer una injusticia, que denuncia un atropello, que acompaña a los trabajadores en su lucha o a los padres de hijos desaparecidos forzadamente en su búsqueda. Pero a los apoliticistas, a quienes aborrecen la política y hacen el elogio de la torre de marfil, todo poema social o político, o casi, les parece panfletario. De igual manera que los neoliberales llaman populista a toda política destinada a beneficiar al pueblo, con el objeto de poner en su contra a las personas beneficiadas por su gestión, los partidarios del apoliticismo y la inspiración ensimismada y narcisista, llaman en efecto, para desprestigiarlos, poemas panfletarios a poemas sociales de alta factura y belleza incuestionable.

En relación con esto, hay un problema curioso y digno de atención: cuando los poemas o los escritos sociales caen en el libelo y nacen sin los valores estéticos enaltecedores, es comprensible que produzcan tanto el repudio de los esteticistas apolíticos como de todo lector con experiencia literaria; pero cuando aparecen poemas líricos

anodinos (sobre el amor, la muerte, etc.), exentos también de una verdadera creatividad artística, los primeros, a diferencia de los segundos, no se sienten molestos, ni se toman el cuidado de mostrar ningún tipo de indignación y desagrado. ¿Por qué ocurre esto?

Mi respuesta es que a los supuestos apolíticos les repugna, en un texto de prosa o poesía, más la presencia de un tema político, una denuncia o una indignación a todo volumen, que la ausencia de un tratamiento poético ¿Y por qué? Por razones, ojo con ello, de posición de clase y de fanatismo ideológico. Los poemas políticos, independientemente de su valor o de su arribo o no a los litorales de lo bello, les producen escozor y en ocasiones una ceguera tal, que califican de libelos o poesía panfletaria a poemas extraordinarios que se salen del purismo intelectual en que nadan orgullosamente los snobs de siempre.

Con excepción de los escritores a sueldo o los plumíferos degenerados, ningún hombre de letras puede ser indiferente a una situación social como la de México donde, en pocos años, ha habido 150 mil muertos y 27 mil desaparecidos y en que han tenido

lugar, el mismo día, la desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa y 6 jóvenes asesinados. Ningún poeta, ningún prosista, ningún pintor, ningún músico, etc. puede hacerse “el que la virgen le habla” y enroscarse en el caracol del “me vale madres” y la indiferencia. Los 43 desaparecidos son un caso emblemático que nos devela que el gobierno, lejos de hallarse transitando hacia la democracia, como dicen sus propagandistas, es un poder público que, en connivencia con el narcotráfico, ejerce, desde hace mucho, un *sui generis* terrorismo de Estado.

El libro *Los 43*, que comentamos hoy, es una acuciosa y perspicaz antología literaria sobre el tema. De su compilador, Eusebio Ruvalcaba, se precisa recalcar que no es cierto, como él dice, que lo único que sabe hacer es escribir y lavar los trastes, sino que es un hombre honesto que, como todos los integrantes de este libro, tiene la doble capacidad de indignarse y de convertir su indignación en palabrerío en llamas. Me consta, además que, ante los temas sociales candentes que de pronto nos estallan en las manos, él está siempre dispuesto a recopilar un conjunto de textos

alusivos al suceso y dejar un testimonio cultural de lo que piensan y sienten los escritores de buena fe. No tengo la oportunidad de analizar, ni en mínima parte, los escritos (poesía y prosa) que forman este florilegio. Abriendo el libro por diversas partes –y prometiéndome analizarlo cuidadosamente más adelante- me hallo con escritos sorprendentes como “los huevos del diablo” de Manuel Eduardo Parra, a quien admiro como cuentista desde que leí *Sombras detrás de la ventana*. También leí los poemas “Requiem” de Alejandro Rojas, “Veo en el tronco de un árbol” de Ricardo Yáñez, “No podemos vivir con tantas muertes” de Sergio Macías, “43 versos” de Gerardo Castillo y la espléndida prosa “Padre” del propio Eusebio. Todos los escritos son conmovedores no sólo porque sus autores están conmovidos, sino porque han dado con la forma estética de mostrar su enojo y su deseo de justicia. Confieso que no he podido examinar el libro en su conjunto. Me ha faltado tiempo. Pero creo que, si los demás escritos están en el nivel de los que he leído, nos hallamos, estoy seguro, ante una pequeña pero elocuente muestra del “sonido y la furia” que los últimos acontecimientos han

incubado en estos poetas y prosistas ganados, como yo mismo, por la indignación.

6 de octubre de 2015